

Presentación de  
**CARTAS  
CREDENCIALES**<sup>1</sup>

Jaime Marchán\*



1

Varias semanas, después de su arribo a Londres, el embajador interrumpió la búsqueda de residencia –tarea a la que se había dedicado desde el primer día con ejemplar devoción– para presentar sus Cartas credenciales.

Temprano en la mañana, Ruiz telefoneó a Hernández para pedirle ayuda. No confiaba en su *butler*

para esto. Por algo existía –le dijo al aparato– el tan trillado refrán de «zapatero a tus zapatos».

Ruiz no había podido conciliar el sueño la noche anterior, excitado por los acontecimientos que la Historia –o la historia personal de su vida, lo mismo daba– habíale reservado para ese día. Se pasó hasta la madrugada bebiendo vino helado y acomodando las prendas y brillos con los que entraría, por

(\*) Embajador del Ecuador en Chile.

1) Este texto corresponde al capítulo IV de la Segunda parte de la Novela *La otra vestidura*, de Jaime Marchán, publicada por la Editorial Verbum, Madrid, 1991.

primera y última vez, en el Palacio de Buckingham. Una semana antes tuvo el cuidado de enviar su traje a la tintorería y de dar la primera concienzuda limpieza a sus zapatos de raso, adquiridos hacía años en una tienda veneciana a cambio de una buena suma de libras. Estaba orgulloso de ellos: clásicos, discretos, suaves. Pero no lo estaba menos de su frac de paño inglés, herencia de su progenitor. Casi no tuvo que hacerle ajustes cuando se lo obsequió su padre al zarpar para su primera misión consular a Valparaíso. Desde entonces la noble tela, impregnada de naftalina, le había seguido como un perro fiel, acomodándose sin remilgo alguno a la cambiante anatomía del amo. Había sido un acierto hacerse retratar al óleo luciendo su frac y condecoraciones; a su muerte, se reencarnaría en la tela. Buen cuidado había tenido, pues, de hacer actualizar la pintura cada cierto tiempo, agregándole —era cuestión de unas simples pinceladas— las últimas condecoraciones recibidas. Todavía había espacio para más... sólo que su Carrera se le terminaba pronto, a no ser que el Ministro de Asuntos Exteriores, en atención a sus méritos —méritos auténticos, no librescós como los del pobre fantoche de Estévez—, decidiera prolongarla unos pocos años más.

Todo esto le había confiado a Hernández desde que la novelaría de las Credenciales empezó a ocupar su mente. Se lo había dicho en un tono tal que parecía que él —Ruiz—, no el embajador, era el personaje llamado a protagonizar la ceremonia de esa luminosa mañana de junio, en que las retamas se habían encendido como arbutos en llamas a lo largo de High Street Kensington.

## 2

**H**ernández había logrado apenas salir de la ducha cuando Ruiz llamó a la puerta, cargando una pequeña maleta de aluminio, como de vendedor de feria. Lucía aplomado y feliz, si bien un tufillo alcohólico casi imperceptible emergía detrás de su colonia de lavanda inglesa. Pequeño de estatura, rechoncho, cuello mínimo, ojos saltones y epidermis tersa y lustrosa, tenía toda la facha de un escuerzo recién salido de la poza.

Agradecido con su subalterno por haberle extendido una mano tan oportuna en ese día crítico de sus postreras actividades diplomáticas, Ruiz depositó con mucho cuidado el maletín sobre la mesa del comedor, no sin antes pedirle permiso para empezar la ceremonia. Accionó la cerradura y la vali-

ja abrióse en dos, como las valvas de un crustáceo enorme. Adentro, todo estaba cuidadosamente ordenado; cada cosa tenía su funda, su envoltorio adecuado, su precioso estuche.

Ruiz empezó por calarse la prenda más complicada: una camisa tan blanca y almidonada, que daba escalofríos sólo de verla. Abotonábase por atrás, como la sobrepelliz de un celebrante.

Hernández iba siguiendo paso a paso las indicaciones del ministro consejero, sorprendido de que la tarea pudiera ser tan difícil. Nunca se había puesto una camisa de ésas y ni siquiera se le ocurrió mirar la suya cuando la retiró de la tienda de alquiler. Estaba empezando a darle razón a Ruiz por haber tenido el buen seso de empezar a vestirse con tanta anticipación.

Las mancuernas de su veterano colega eran de oro, con un solitario en el centro, al igual que los botones de la pechera. Ruiz, puso una cara de éxtasis cuando su colaborador alabó joyas tan finas.

¿Qué tocaba ahora? ¡La leontina! Abrió una pequeña talega de terciopelo esmeralda e hizo caer sobre la mesa, ruidosamente, una pesada cadena de oro.

—Era de mi abuelo —explicó, orgulloso— escritor ilustre, fundador de la primera prensa de la república. Ahora fijese en esto —dijo, ba-

lanceando delante de los ojos de Hernández, cual péndulo de hipnotizador, una esfera de oro con incrustaciones de platino—. Si usted no tiene reloj de bolsillo, no importa. Pero, por Dios, no lleve jamás reloj de muñeca con frac: es llanamente disonante. ¿Me pasa, por favor, ese estuche azul?

Ruiz se quedó inmóvil frente a la caja de sus condecoraciones, reflexionando. De cuando en cuando se daba un suave capirotazo en la punta de su bien cortada nariz.

—La colocación de estas miniaturas no es antojadiza, como la gente ignorante de las artes diplomáticas podría pensar —dijo en tono didáctico—. Si fuera puro capricho, yo no saldría de mis colores preferidos: el corinto, el ambarino, el sinople.... Sin embargo, la cosa es mucho más complicada, exige la observancia de ciertas reglas protocolarias estrictas. Por ejemplo, nunca se le ocurra usar más de una presea de la misma Orden. La que se ponga debe ser la de más alta graduación. He visto gente que se chanta encima todas las que tiene en orden de tamaño. Mire ésta: ¿no le parece hermosa? Sin embargo, esotra, menos llamativa, tiene prioridad. Me la alcanza, por favor. No, no ésa, la otra, la de cinta bermellón.

De cuando en cuando estiraba el cogote hacia arriba, como si fue-

ra a pasarse la navaja de afeitarse. Mientras tanto, el obscuro frac iba cubriéndose de colores y brillos, como arbolillo navideño.

—¡Lástima que los ingleses no otorguen condecoraciones diplomáticas— continuaba diciendo, cada vez más entusiasmado y seguro de sí mismo—. ¡Ah!, si tuviera una presea inglesa, esa tendría que ir primero, como gesto de cortesía hacia el Estado receptor; otra regla que la gente olvida con frecuencia. Acuérdesse, pues: si está en un protocolo de Corte como éste, dé preferencia a las condecoraciones monárquicas. No se olvide que la familia real europea es una sola rosca. ¿Para qué provocar susceptibilidades innecesarias? Ahora pásame la de festón esmeralda. Bien, bien— repetía con frecuencia, en tono aprobatorio.

No pudo reprimir el deseo de tararear una vieja canción de su repertorio clásico, mientras miraba en el espejo del comedor los avances conseguidos.

—¿Cuántas condecoraciones tiene usted?— le preguntó a Hernández, dispuesto a perdonarle de antemano cualquier pobre confesión que éste hiciera. Se podía ser tan importante y magnánimo a la vez.

—Dos.

—¡Hum! No está mal para una persona que tiene toda su carrera

por delante. A propósito, ¿sabe lo que me preguntó ayer Su Excelencia, en tono de máxima seriedad? Se va a desternillar de risa. «Tengo varias condecoraciones ecuestres de torneos internacionales—me dijo—, ¿cree usted que podría ponerme algunas para la ceremonia de mañana?» Le di un rotundo no. El hombre se puso serio como una sepia. ¡Condecoraciones de torneos ecuestres! ¿Ha oído usted un disparate igual?

Se miró nuevamente al espejo, estirando hacia abajo los faldones del frac. Las condecoraciones tintinearón como argenteos cascabeles. Sonrió complacido. Era el momento de darle la mejor sorpresa a su colega principiante. Esta vez se acercó él mismo al maletín y, al liberar el envoltorio de raso de uno de los paquetes, apareció una banda de seda, sosteniendo una medalla relumbrante en el centro.

—Esta presea, mi amigo—dijo, emocionado— pasa a la página siete: es la Medalla de Comendador de la Orden de San Jerónimo. Sin duda, la mejor de mis piezas. ¿Sabe una cosa?: sólo la gente medrosa y mediocre hace de las condecoraciones un motivo de chanza.

En ese preciso momento, el ríntin de las preseas le trajo a la memoria una frase de Jean L'olent. Citó, triunfante:

—«El vivir sin ruidos es consue-

lo de vivir sin gloria.»

Extrajo el reloj de bolsillo, tirándolo suavemente de la pesada leontina, y lo frotó contra la solapa del chaleco. Eran las nueve de la mañana. Todavía tenían un par de horas para llegar a la embajada, donde los recogerían las carrozas del Ceremonial de la Corte, rumbo al Palacio de Buckingham.

Ruiz ayudó a Hernández a enfundarse en su traje y comprobó con verdadera lástima que las vestimentas de confección moderna eran burdas imitaciones. Carecían —le dijo, sin rodeos— del *cachet* de los trajes de antes, donde cada botón, cada ojal, cada hebilla cumplía un propósito específico.

—Si a usted no le importa —le dijo, cuando terminaron de emperifollarse—, yo me bebería con gusto una copa de vino blanco mientras le cuento la última de nuestro flamante enviado diplomático.

Hernández buscó entre sus reservas algo digno de un invitado tan exigente en materia vinícola, y para no correr ningún riesgo decidió destapar la botella de Moët et Chandon que tenía enfriándose en el refrigerador para bebérsela con Livia la semana siguiente, en que ella había accedido a cenar con él.

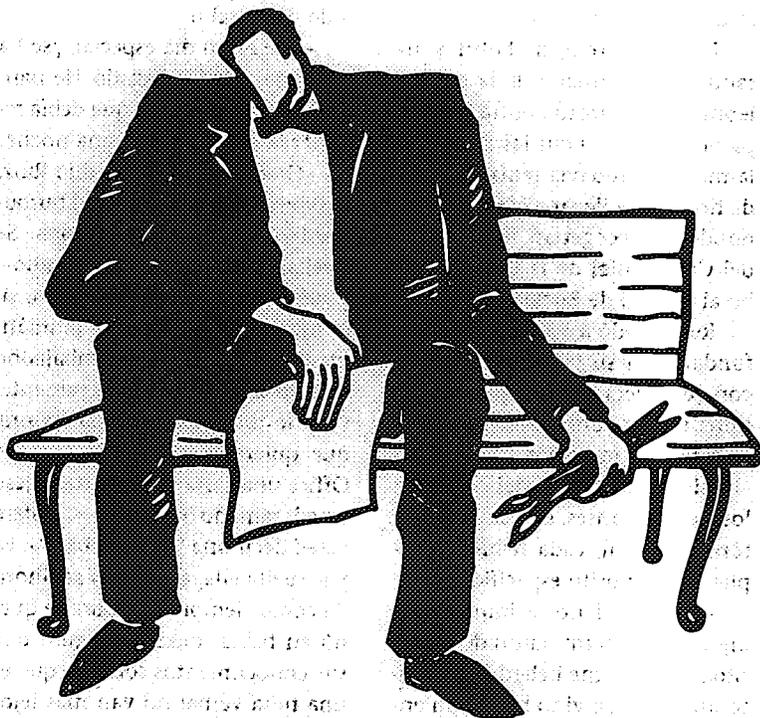
—No se le ocurrirá darme champán, ¡por Dios! —protestó débilmente Ruiz cuando oyó el esta-

llido del corcho.

—Este es un día especial, ¿se ha olvidado usted? —insistió Hernández, cortés, pensando que debía reponer la botella esa misma noche.

—Gracias, mi amigo —dijo Ruiz, desviviéndose por sorber el burbujeante contenido de su copa. Se arrellanó en el sofá y añadió: ¿Qué le estaba diciendo?... Ah, sí: la increíble ignorancia diplomática de nuestro bisonño embajador. El otro día, estando yo presente, va y le dice a la señorita Ivonne que quiere mandar a la Foreign Office una carta. ¡Una carta! Fijese usted tamaño despiste. «¿Quiere usted decir una "nota verbal"?, va y le suelta ella, atrevida y sabihonda como siempre. El pobre se quedó en babia, pues le aseguro que sus conocimientos sobre lo que es una nota verbal no van más lejos de los de aquel agregado a quien su embajador le instruyó que le preparara un proyecto de nota verbal. ¿Sabe lo que hizo el pobre hombre? El día de la audiencia le entregó al estupefacto embajador un cinta magnetofónica, diciéndole, muy orondamente: «Aquí traigo, señor embajador, la nota que me pidió».

—Puede ser que el nuevo jefe no sepa mucho de estos tecnicismos —dijo Hernández, súbitamente achispado por la copa tempranera del espumante—, pero en



«cambio es un consumado experto en relaciones públicas.

«¿Cree usted que llega a tanto?

«—Las amistades que ha hecho...

«—No me diga que se ha dejado impresionar por esa gente —protestó Ruiz, paladeando el contenido

de su copa—: jockeys, modistos y aquel semifinalista de Wimbledon. Con eso no llega a ninguna parte.

«—¿Y qué me dice de la sobrina del influyente Lord Eaton?

«—Ruiz sufrió un acceso de tos.

«—No me hable usted de esa jirafa, por Dios. Puede ser todo lo esbelta y entroncada que quiera, pero no ha aprendido aún modales: entró sin saludar. Además, no me pareció nada eficiente: ella misma ofreció sus contactos para acelerar la búsqueda del famoso inmueble de la nueva residencia y hasta ahora no ha sido capaz de enseñarnos ni siquiera un modesto *mews*... ó como quiera que se llamen esos establos que están tan de moda.

Ruiz miró con angustia el fondo vacío de su copa y se levantó él mismo a servir otro turno.

Siguieron hablando por un rato más, y sólo después de la cuarta copa, el ministro consejero respiró aliviado, consultó el reloj y se puso de pie para echarse una última mirada al espejo antes de partir. No podía ocultar su felicidad.

Ya en el vano de la puerta se detuvo en seco.

—Caramba —dijo, nervioso—, me estaba olvidando de un detalle importante.

Abrió nuevamente el maletín y sacó un estuche pequeño. Quitóse las gafas de carey y se caló, con pulso quirúrgico, un monóculo de oro en el ojo derecho.

—Listo, mi amigo. ¡Vamos!

### 3

**E**l nuevo embajador, elegantemente vestido, estaba del mejor humor esa mañana en su despacho, rodeado de sus subalternos. Aunque desprovisto de condecoraciones, su frac era flamante, de la más fina tela, comprado en Harrods. Eso y el creciente saldo de su chequera le daban aquella íntima e insobornable seguridad.

Hernández echó una mirada en rededor y tuvo que admitir que el conjunto era impresionante. El

conjunto, porque tan pronto como se miraba con atención, la vista caía inexorablemente en un individuo que desentonaba en el cuadro, cual mancha de espátula sobre la tersa superficie de una *témpera*: Estévez. La pechera blanca, el chaleco llegándole a media bragueta y la cola del faldón casi arrastrando el suelo, parecía la grotesca imagen de un pingüino.

—Al menos esta vez lleva las puntas del cuello en posición correcta —musitó Ruiz al oído de Hernández, al ver el cuello de pajarito de su camisa de etiqueta.

Con todo, Hernández advirtió la contrariedad de Ruiz cuando a la señorita Ivonne se le ocurrió hacer unas cuantas tomas fotográficas del grupo. Podía adivinar sus pensamientos: ¡el maldito de Estévez dañaría la armonía del conjunto!; ¡cómo acabar pronto con semejante estorbo!; acaso la averiada foto —hábilmente utilizada— podría servir de evidencia para librarse del ridículo pingüino.

Las tomas fotográficas, las resoluciones mentales del ministro Ruiz, el aire de la embajada, todo mismo, pareció paralizarse cuando los funcionarios escucharon a lo lejos el trote de los corceles que tiraban la berlina del Marshall del Cuerpo Diplomático.

La señorita Ivonne, espiando tras los archivadores de metal, se

mordía nerviosamente las uñas. Y suspiraba: cada vez, a medida que se le platinaban las sienes y crecía el repertorio de sus preámbulos, el Marshall lucía más apuesto.

Ahora el propio Hernández vio recortarse la imponente figura del Marshall contra las vidrieras del hall de entrada. Llevaba el elegante uniforme diplomático de los embajadores de la Foreign Office, una legión privilegiada al servicio de Su Majestad Británica. Las espuelas de plata marcaban cada uno de sus pasos. Bajo el brazo derecho llevaba un enorme falucho, cuyo penacho blanco caía lánguidamente a un costado, como cisne exangüe. El puño de la otra mano se había posado —con la arrogancia de un águila— sobre el pomo de la espada. Sobre el uniforme negro, al menos una docena de medallas hacía viajes como las lentejuelas de un traje de luces.

—A éstas llamo yo condecoraciones —susurró, envidioso, Ruiz.

El Marshall avanzó con paso firme hacia el embajador y le presentó sus saludos. Éste, a su vez, introdujo a los miembros de la misión.

El Marshall aprovechó los minutos que faltaban —de hecho se había adelantado con ese propósito— para hacer un breve y último repaso de cada uno de los movimientos y gestos que, con preci-

sión matemática, debían observarse durante la ceremonia: el orden de los funcionarios al entrar al salón, la primera parada, las tres venias de medio cuerpo, la segunda parada frente al trono, la tendida de mano del embajador al entregarle las Cartas a la Reina, su respetuosa y discreta conversación con ella, todo debía cumplirse al pie de la letra. No había lugar para errores, ningún *lapsus linguae* sería bien visto ni perdonado.

## 4

El flamante embajador seguía con atención las indicaciones del Marshall, y cuando éste terminó, se esforzó en demostrarle lo bien que había aprendido la lección. Al fin y al cabo, él también había enseñado a sus caballos a dar un paso por aquí, un paso por allá, trote, medio trote, patita para adentro, patita para afuera... Así demostraría a sus colaboradores, de pasada, que era diplomático nato, predestinado desde la cuna al trato con gobernantes y monarcas.

El Marshall aprobó la lección. Sólo tuvo que corregirle una pequeña cosa: la venia debía ser un poco más... ¿cómo diría?, más visible, más notoria.

—Así, así está mejor —dijo el Marshall. Y para reasegurarse de

algo importante, agregó: Recuerde que al conversar con Su Majestad debe esperar siempre que ella tome la iniciativa.

El Marshall consultó el reloj de bolsillo.

—Es hora de salir. Vamos.

## 5

La ceremonia hubiera sido —a juicio de Ruiz— casi perfecta si al embajador no se le hubiera ocurrido decir a la Reina que estaba muy honrado de entregarle «personalmente» las Cartas credenciales.

Ruiz no le perdonó nunca este desliz, y no bien salieron del Palacio, rumbo al hotel donde se tomaría la tradicional copa de champán, le comentó a Hernández, en tono sufrido:

—¿Qué habrá pensando este advenedizo?, ¿que las Cartas credenciales pueden también presentarse por correo? Se me cayó la cara de vergüenza cuando oí semejante estupidez. Me recordó, *mutatis mutandis*, a ese otro embajador aventurero que recibió instrucciones de nuestra Cancillería para que solicitara asilo político para el gobernante que había sido depuesto. ¿Sabe usted lo que contestó? «PLÁCEME INFORMAR QUE, GRACIAS A MIS BUENAS CONEXIONES, ME HA SIDO POSIBLE

CONSEGUIRLE ASILO EN EL MEJOR HOSPITAL DE ESTA CAPITAL.»

## 6

El viernes de esa misma semana, liberado de sus cortesanos compromisos y devuelto el traje de etiqueta a la tienda de alquiler, Hernández invitó a Livia a su departamento para beber una copa antes de ir a cenar. Hernández sospechó que ella trataba de decirle algo, pero conociendo su temperamento huidizo y reservado optó por no hacer nada hasta que ella hablara; si es que finalmente se decidía a hacerlo. Así, pues, sólo al cabo de un largo rato, mientras pinchaba una aceituna, ella le preguntó dónde pasaría ese verano.

—No he planeado nada, ¿y tú?

—Vera me ha hablado tanto de su Dalmacia que estoy tentada a detenerme allí unos días antes de ir a Ekuba. No vas a dejar que vaya sola, ¿verdad?

Resultábale difícil dar crédito a lo que había escuchado y por unos instantes vaciló:

—¿Lo dices en serio?

—Claro que sí, bobo —replicó ella, tomándole suavemente de la mano—. Vera nos ayudará a alquilar una casa en Dubrovnik. Sé que es la ciudad más bella del Adriáti-

co. Allí te olvidarás de tus quehaceres consulares, y yo acaso de mis pinturas.

—Oh, Livia, contigo sería capaz de ir al fin del mundo —se apresuró a decirle, con un entusiasmo que no debió pasarle desapercibido a ella—. Esto tenemos que celebrar.

—Durante la cena. Si bebo un sorbo más aquí, no podré levantarme; estoy medio borracha. Y tú también. Será mejor que tomemos un taxi.

Fueron al restaurante donde trabajaba Masroor, y éste se esmeró por darles el mejor servicio posible. Él mismo seleccionó el menú: carpaccio italiano, con ensalada de escarola, calamares rellenos de paté y almendras, y abundante vino de Saint-Émilion.

Mientras comían iban trazando planes sobre el viaje que emprenderían a mediados de julio: volarían a Trieste y allí alquilarían un coche para atravesar Istria, y luego Dalmacia superior hasta Dubrovnik. Livia proseguiría después viaje a Grecia; y él regresaría a Londres.

Dejaron el restaurante cerca de la medianoche; y como si hubieran convenido previamente, se embarcaron en un taxi hacia el ático de Livia.

Las luces de la ciudad echaban al cielo nocturno su opaco fulgor,

como una lámpara de queroseno.

El coche los dejó frente a la casa y subieron las empujadas y crujientes gradas hasta el último piso. Ella hurgó en su bolso por las llaves y abrió la puerta.

—La mano... dame tu mano —le dijo Livia, en medio de un susurro apenas perceptible.

Lo condujo hasta su dormitorio y encendió la lámpara. Hernández se acercó a ella y la envolvió con ambos brazos, tratando de retener para sí la delicia de esas sinuosas cercanías. Sentía la turgencia de sus senos bajo la blusa de seda, su corazón latiendo como el golpetear de las olas contra las dársenas en noche de mar tranquilo. La desnudó, y la luz bañó sus hombros finos y dorados, arena ardiente de una playa en tarde de verano. Livia había bajado los párpados y él vio posarse en ellos, como palomas, los tenues reflejos de la lámpara. Se tendieron sobre la cama deshecha, y Hernández aspiró su embriagadora fragancia: almácigo de anémonas y geranios.

Besó suave, ardiente y locamente aquel cuerpo desnudo y húmedo como la huella de un caracol, sintiendo el vértigo de las formas y de las cimas convexas. Y luego cabalaron como desbocados corceles por las estepas abiertas de su pasión.

Se despertó con las primeras



luces del alba, los brazos de Livia prendidos a su cuerpo como la hiedra. A través de ellos subía, como la sabia, un calor reconfortante. Una luz vacilante y lechosa entraba por los cristales, dibujando sobre las paredes formas abstractas y lánguidas. Escuchó en la difusa lejanía los primeros rumores de la ciudad rasgando el último velo de la alborada.

Muy suavemente se separó de ella, cuidando no despertarla. La contempló en silencio en la semiluz y se complació de verla tan hermosa. Libre de sus pinceles, ya-

cia sobre el lecho como navío anclado en el puerto, desnudo de velas y vientos tempestuosos.

Entraron juntos bajo el chorro humeante de la ducha, y Hernández le enjabonó el cabello, negro como la brea.

Al salir del baño, Livia preparó café. Hernández bebió su taza a sorbos pequeños, alargando el placer de esos instantes irrepetibles. La miraba en silencio, temeroso de que sus palabras pudieran romper la frágil burbuja en donde había empezado a anidar su amor. Además, ¿para qué hablar? Sabía

que el valor de la felicidad verdadera —como el de toda entrega— reside en el silencio. Se despidió de ella con un beso.

Ya en la calle, Hernández caminó hasta la estación del metro. En los corredores del subterráneo, un vejete se arrastraba pidiendo limosna, y más allá alguien rasgaba una guitarra frente a un mugroso sombrero salpicado de monedas. A lo mejor en esos lugares de la gran ciudad había pobreza y dolor, pero él tenía la mirada feliz y cálido el corazón.

7

**D**esde ese día no pudo pensar en otra cosa que no fuera en esa maravillosa noche de entrega. Así, ni siquiera se acordó de los aspectos prácticos de su próximo viaje, y sólo la víspera de partir supo que Livia lo había previsto todo, inclusive los límites de su relación:

—Me gusta tu soledad, Daniel. Tus contradicciones, tu lucha interior... Todo ello me gusta, aunque te parezca extraño. Inspira mis pinturas, mi alma de artista. Pero, precisamente por eso, haré lo posible para no enamorarme perdidamente de ti. Te pido lo mismo. No podrías vivir con mi desorden, entre mis pinturas... y yo me moriría de aburrimiento en la diplomacia. ¿Me prometes poner de tu parte para que nada de esto ocurra?

El asintió con la cabeza, mintiéndole; sabía que jamás lograría escapar a esa extraña pasión, liberadora de todos sus sentidos. Y sabía que Livia también lo sabía. ¿Por qué, si no, tomaba todas esas teóricas precauciones?

Un mes más tarde, salieron de Londres rumbo a Dubrovnik, la ciudad murada, símbolo perfecto de su amor cercado.

